

**“NINGUNO DE VOSOTROS OSARÁ BESAR A UNA MUJER”. TEMPLARIOS  
FRENTE AL AMOR, EL DESEO Y SUS VOTOS EN LA NOVELA DEL SIGLO XIX**

**Antonio Huertas Morales**

Universidad Rey Juan Carlos

[antonio.huertas@urjc.es](mailto:antonio.huertas@urjc.es)

**“NINGUNO DE VOSOTROS OSARÁ BESAR A UNA MUJER”. TEMPLARS AGAINST  
LOVE, DESIRE AND THEIR VOWS IN THE NOVEL OF THE XIX CENTURY**

Fecha de recepción: 31.08.2020 / Fecha de aceptación: 18.02.2021

*Tonos Digital*, 40, 2021 (I)

**RESUMEN:**

El presente artículo, de carácter marcadamente interdisciplinar, analiza la relación que se establece entre la imagen de la Orden del Temple y su fidelidad a los votos jurados en la narrativa del siglo XIX. Se pretende demostrar que el amor y el deseo son una constante y que las múltiples relaciones de los personajes hacia los sus sentimientos y sus votos, pugna del héroe decimonónico, acaban delineando tipos concretos (que bien pueden entenderse como actualizaciones de sus funciones en la literatura de ficción medieval) y determinando la culpabilidad o no de la Orden: mientras que la novela europea traducida en España no se conformó con esgrimir buena parte de las acusaciones históricas o posteriores, sino que añadió otras y multiplicó específicamente las relacionadas con el voto de castidad, la novela histórica española se mostrará benevolente hacia la Orden, tan condenada como unos protagonistas que optan por acatar sus votos.

**Palabras clave:** Orden del Temple, novela histórica, novela decimonónica, juicio a los templarios, votos.

## **ABSTRACT:**

In this paper, markedly interdisciplinary, I analyze the relationship established between the image of the Knights Templar and its fidelity to the vows sworn in the nineteenth century narrative. It is intended to demonstrate that love and desire are a constant and that the multiple relationships of the characters towards their feelings and their votes, the nineteenth-century hero's struggle, end up outlining specific types (which may well be understood as updates of their functions in literature of medieval fiction) and determining the guilt or not of the Order: while the European novel translated in Spain did not settle for wielding a good part of the historical or later accusations, but added others and specifically multiplied those related to the vow of chastity, the Spanish historical novel will be benevolent towards the Order, as condemned as some protagonists who choose to accept their vows.

**Keywords:** Temple Order; Historical Novel; Nineteenth-Century Novel, Trial of the Templars, Vows, Chastity.

Desde los años 70 del pasado siglo, investigadores e historiadores, especialmente de Francia, el Reino Unido, Alemania e Italia, en menor medida de España, han centrado sus pesquisas en la génesis, historia y, sobre todo, la caída de la Orden del Temple, de modo que "Study of the trial is now easier than it has ever been", como apuntaba Nicholson (2010, 657) en un sucinto pero valioso estado de la cuestión que concluía afirmando que sería ventajoso contar con el interés de investigadores de área afines, "as the order was involved in everyday life across medieval Europe, the history of the Templars should be of interest to all historians of the European Middle Ages" (659).

Las aportaciones desde la historiografía han ido parejas al resurgir de su leyenda, acrecentada también con nuevas propuestas, especialmente la formada por el Priorato de Sion, la supervivencia del linaje merovingio y el grial/*sang raal*, popularizada por los *Dossiers secrets*, con su apogeo en *Holy Blood, Holy Grail* y su "versión literaria", *The Da Vinci Code*, adaptación a la gran pantalla incluida.<sup>1</sup> De la misma manera, la Orden del Temple ha sido el principal caballo de batalla de

---

<sup>1</sup> Sobre el Priorato de Sion, puede consultarse Introvigne, Massimo. *Los Illuminati y el Priorato de Sión*. Alcalá: Rialp, 2005; y Huertas Morales, Antonio. "El Priorato de Sión. Presencia del mito en la narrativa española". *Monographic Review XXVII* (2011): 101-117.

recuperación contemporánea de la Edad Media en la narrativa —amén de en otras plasmaciones como los cómic o los videojuegos— (Huertas Morales 2015, 126-179), alcanzando mismo un papel protagónico en la configuración de la novela histórica como género moderno en el siglo XIX, lo que ha supuesto la publicación de centenares de títulos en un completo mapa de Occidente,<sup>2</sup> fenómeno visto de modo benevolente por parte de los historiadores, si puede conducir a nuevos estudios de valor (Frale 2008, 271; Cardini 2011, 7). Sin embargo, tales cifras no se han visto, en ningún caso, acompañadas de estudios críticos, un silencio incómodo que solo se explica desde la desconfianza hacia el Temple por parte de los investigadores, el inabarcable volumen de títulos que abarrotan las librerías o la calidad de muchos de ellos. A la luz de lo expuesto, consideramos justificadas las siguientes páginas, estudio interdisciplinar sobre la visión desprendida acerca de la Orden del Temple en la narrativa del siglo XIX, tanto la producida en España como en las traducciones, dado que la relación con el voto de castidad está directamente relacionada con el juicio concedido a la Orden, que esta relación puede entenderse como una actualización de su papel en la ficción medieval y que, además, tendrá continuación en la narrativa de los siglo XX y XXI, donde, por lo demás, surgen otras opciones, como su aprovechamiento en una novela rosa y erótica o de terror. Así lo notaba Bergquist (1997, 177) al afirmar, sobre la novela decimonónica, que “En todas estas obras de ficción, se nos presenta un conflicto entre los votos religiosos el amor”, idea que sistematizamos y ampliamos a continuación.

## **EL TEMPLE Y LAS ACUSACIONES**

A lo largo de sus casi dos siglos de existencia, los pobres caballeros de Cristo se granjearon numerosos elogios, pero también tuvieron que lidiar contra voces contrarias. La misma fundación de los “Quijote de Cristo” (Bordonove 1993, 16) o los “locos de Dios” (Rivière 1965, 48), suponía, en un momento de crisis, una alteración social, la unión de la cruz y la espada, de ahí su revolución (Cerrini 2014), por lo que no es de extrañar que Hugo de Payens le escribiera a San Bernardo para que avalara el nacimiento de la nueva milicia de Dios. Aunque en la literatura coetánea los

---

<sup>2</sup> En una primera entrega de lo que se pretende un catálogo completo de la narrativa sobre la Orden en los siglos XX y XX, la sección Storyca Templi compila tres centenares de novelas, españolas ([https://parnaseo.uv.es/AulaMedieval/aM\\_es/StorycaWeb/literatura-espanola/](https://parnaseo.uv.es/AulaMedieval/aM_es/StorycaWeb/literatura-espanola/)) y extranjeras ([https://parnaseo.uv.es/AulaMedieval/aM\\_es/StorycaWeb/lit-extranjera/](https://parnaseo.uv.es/AulaMedieval/aM_es/StorycaWeb/lit-extranjera/)).

templarios gozaban de una imagen mayoritariamente positiva (Nicholson 2001, 2-3), las críticas, salidas la pluma de cronistas como Guillermo de Tiro, Matthew Paris o Walter Mapp, fueron especialmente enconadas por los privilegios y exenciones que recibieron y que garantizaban su independencia y poderío económico; por la permisividad con los musulmanes que, a ojos de los cruzados, mantenían los templarios en Tierra Santa y las alianzas que establecieron con diferentes emires islámicos; por el servicio que prestaron a los distintos papas y reyes, en el peligroso equilibrio de poderes en Tierra Santa; por su gestión militar, hasta el punto que se les acabó incluso achacando la pérdida de los Santos Lugares. Sin el Reino Latino, su propia existencia se vería cuestionada y, aunque esos ataques no se ceñían solamente a la Orden del Temple, sino que se hacían extensivos al resto de órdenes militares, solo los *conmiltones Christi* tendrían el dramático final que alentaría el mito (Cardini 2011, 111-128; Frale 2008, 155-162; Nicholson 2006, 100-111; Partner 1987, 38-54).

Sin embargo, las acusaciones vertidas contra la Orden en el proceso que finalizó con su disolución, entre las que destacaban la herejía, la apostasía, la idolatría y la sodomía,<sup>3</sup> poco tenían que ver con los ataques más o menos interesados que sufrieron, sino que formaban parte del acervo que Iglesia y Estado emplearon durante mucho tiempo para combatir a sus opositores (Bonifacio VIII o Guichard de Troyes las sufrieron semejantes), emparentándolos con cátaros y valdenses y avanzando las cacerías de brujas posteriores (Barber 1999, 58-59), sin éxito, además, en la opinión pública europea (Menache 1982).

En cuanto al voto de castidad, la Regla, estatutos y artículos de la Orden del temple<sup>4</sup> eran muy claros sobre las relaciones y el trato con las mujeres. El manto blanco templario era símbolo de pureza y castidad (17), los miembros de la Orden no debían hablar, ni escuchar, ni permitir que se comentaran “los placeres de la carne de que han disfrutado con mujeres inmorales” (49), y si en los primeros compases de la Orden todo parece indicar que hubo mujeres (70), tras el concilio de Troyes, en 1129, se prohíbe cualquier contacto con ellas, con penas claramente estipuladas.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Según la traducción del latín del registro 291, ff. 33r-34v del Archivo de la Corona de Aragón, la bula *Vox in excelso* los templarios habrían caído “en el crimen de una nefanda apostasía, en el vicio de una detestable idolatría, en el execrable delito de los Sodomitas y en diversas herejías” (Nadal y Cañellas 2010, 39).

<sup>4</sup> Seguimos en todo el trabajo la traducción de Upton-Ward (2000).

<sup>5</sup> Véanse también los epígrafes 69, 236, 275, 330, 431, 452, 558, 594, 625, 630, 658, 675, 669, 679.

La intención era evitar escándalos, sin que ello implique ingenuidad, “¿cuál es la orden religiosa que estuvo exenta de ellos?” (Rivière 1965, 56). Se suele considerar que probablemente “San Bernardo y los padres conciliares no alentaron demasiadas ilusiones acerca de la fidelidad permanente de todos los frailes al voto de castidad, principio de conducta que imponía pesadas renunciaciones y, sobre todo, distaba mucho de la mentalidad de la aristocracia militar” (Fräle 2008, 87). En Occidente, lejos del campo de batalla, las normas debieron de aplicarse con más laxitud, y sabemos que los templarios tuvieron al menos un convento de monjas (Möhlen) y había mujeres viviendo en encomiendas de hombres, si bien seguramente separadas. Las parejas casadas podían ser solo miembros asociados y hubo algunas mujeres trabajando para ellos, pero los hermanos se saltaron la Regla para satisfacer las necesidades de la orden (Nicholson 2006, 185).<sup>6</sup>

Si, por otra parte, atendemos a las confesiones de los templarios durante el proceso, existen también algunos casos interesantes: Jean de Villiers confiesa que abandonó la Orden porque era joven y no podía prescindir de las mujeres (Finke 1907 II, 330), mientras que otro hermano afirma que dentro de la Orden podían gozar de ellas Finke 1907 II, 307).

Tras la disolución de la Orden, Juan XXII declaró que los templarios no eran libres de sus votos tenían que vivir tranquilamente en monasterios con la pensión acordada, pero el propio rey Jaime II tuvo que escribirle al arzobispo de Tarragona para poner solución al escándalo del antiguo caballero Pulcronisu, que estaba cohabitando abiertamente con su concubina. Sin embargo, a pesar de todo esto, no podemos decir que hubo verdaderos escándalos en el Temple, especialmente si consideramos lo ocurrido en otras órdenes religiosas (Nicholson 2006, 199-200), pero sí una utilización efectiva y efectista de las acusaciones de índole sexual, especialmente sugestiva si tenemos en cuenta las hipótesis de Fräle (2014), para quien habría dos frentes esenciales a la hora de elaborar los cuestionarios: aprovechar la huella cátara en el sur de Francia, por un lado, con cargos de aquelarres y orgías rituales, y doblegar cualquier mínima reticencia de Felipe IV, por otro lado, incidiendo en la homofobia del monarca francés.

---

<sup>6</sup> Para el papel y la presencia de las mujeres en las órdenes militares, véase también Nicholson, Helen J. “The Role of Women in the Military Orders”. *Militiae Christi: Handelingen van de Vereniging voor de Studie over de Tempeliers en de Hospitaalridders* vzw 2010: 210-219.

## EUROPA Y LAS TRADUCCIONES

Antes de que sir Walter Scott fijara sus ojos en el Temple Étienne-Léon de Lamothe-Langan publicó en Francia, en 1818, *Les mystères de la Tour de Saint-Jean ou les Chevaliers du Temple*,<sup>7</sup> en la que los templarios encarnan todas las villanías concebibles, si bien destacan las que tienen que ver con el ultraje a las mujeres. La presentación inicial de los mismos por Jacobo es ilustrativa:

—Cómo es posible, continuó Jacobo, que unos honrados caballeros se conduzcan del modo que lo hacen? Este castillo, en otro tiempo la reunión de todas las virtudes hospitalarias, está cerrado a todo el mundo. Apenas se nos permite recibir en él a un peregrino que viene de la Palestina, trayendo las mas sagradas reliquias. Una guardia constante vela sobre lo alto de las murallas; á cada momento se deja caer el puente levadizo para introducir pobres pastorcillas ó desgraciadas cogidas en Tolosa en la plaza de la puerta de las Croces. Se bebe, se canta sin cesar, y algunas veces cuando me paseo por los largos corredores del castillo, hácia la media noche, para ver si todo está en su lugar, oigo unas palabras que me hacen estremecer, y veo cosas! [...] (I, 8).

Más adelante, Marcelina le explica a Ombelina el talante de los templarios: “—No, madama, nuestros templarios no ocupan su tiempo en eso [tocar el arpa o el laúd]. Beber, jugar, hacer robar las hijas de sus vasallos: esas son las únicas diversiones” (I, 190). Entre los abusos a la regla, se encuentran los de la caza, los de la gula y sale a colación el consabido refrán de “beber como un templario”, pero también se los acusa de confesarse entre ellos,<sup>8</sup> de animar al vulgo a rebelarse contra Felipe IV y de traicionar a la patria: D’Aigremont favorece los intereses de Inglaterra frente a Francia, fiado en que Eduardo I le concederá el condado de Carcassone para, liberado de sus votos por el Papa, gobernarlo con corona soberana.

Dos son los protagonistas templarios que destacan por su criminalidad. El primero, Isarn de Mesalvo, tesorero de la Orden en el gran priorato de Tolosa: rapta a Ombelina y profana un lugar sagrado (es novicia hospitalaria del monasterio de Bariege), crimen especialmente escabroso porque, aunque lo ignora, es su sobrina (se añade a la lujuria el incesto). Poco se podía esperar de un templario que, antes de profesar, había buscado la muerte de su propia hermana, encinta, para hacerse con la herencia familiar. El segundo es el protector que le permitió ingresar en la orden, Antonio d’Aigremont, gran prior del Temple en Tolosa, quien intenta seducir a Elfegia,

---

<sup>7</sup> Se publicó como obra de Matthew Gregory Lewis y no se tradujo al español hasta 1849 y 1851, edición por la que citamos y en la que solo se indica «Novela traducida del francés».

<sup>8</sup> La acusación de la confesión entre hermanos, que bien podría deberse a una confusión, es una de las pocas que merece credibilidad merecida entre los historiadores actuales. Véase, por ejemplo, Demurger (2002, 300).

para lo que recurre a los favores de su hermana Eloísa, abadesa de un monasterio del que corren sórdidos rumores. Tampoco su vida anterior era ejemplar: se fijó en Ethelmunda, hija del duque de Armagnac, pero sus amores chocaban con su distinta extracción social, y, una vez separados, entró en el Temple para satisfacer sus ambiciones. Volvió a encontrarse con ella cuando ya era comendador y la encontró casada con un príncipe de la casa de Foix, al que dio muerte cuando descubrió sus amores. Ethelmunda perdió la estima de todos y se vio atormentada por la visión de su marido muerto. Sin embargo, D' Aigremont, lejos de cualquier caballerosidad y aconsejado por Mesalvo, quiso envenenarla.

No es mejor el templario Marchesi, confidente de Mesalvo y su ayudante en las criminales empresas, ni, evidentemente, el caballero de Montfalcon, que, ebrio, también intenta seducir a Ombelina. Por ella se enfrentará a Mesalvo y, sutil ironía, precipitará la caída del Temple.

Pocos se salvan, como Aquiles, que se desentiende al final de la Orden e ingresa en los hospitalarios, o como Luis d'Aurival, simple novicio que se erige en defensor de Ombelina sin apartarse de su deber y que acaba odiando la Orden cuando descubre sus secretos. También Olderico de Montaut es noble por inocente (rasgo que será aprovechado en otras obras) y, al enamorarse de Adelina, quiere vencer su sentimiento: "[...] concebía que un templario no podía aspirar á gozar de un amor legitimo. Demasiado débil para desprenderse de una pasion tan estremada, temiendo ser arrastrado por ella á criminales errores, bascaba á la vez la muerte y la victoria" (IV, 52). Finalmente, también Jacques de Molay es presentado como caballero de verdadero mérito, lo que justifica un desconcertante final que no alcanza a difuminar la negativa visión de una Orden acostumbrada a sacrificios rituales y orgiásticos, pecados a los que el narrador, falseando la historia y a pesar de reconocer la tortura en los interrogatorios, atribuye su caída: "Todos los historiadores de aquel tiempo concuerdan en representarlos como abandonados a los más infames excesos: sus desórdenes eran llevados al colmo; infectados de los vicios, orgullosos con su poder, avaros con sus riquezas, ellos pretendían elevarse sobre los monarcas, y merecieron por su desordenada ambición, una parte de los desastres que sobre ellos cayeron" (II, 83-84). Resulta oportuno, por su significación, destacar el pasaje en el que Elfegia llega a un salón

[...] que la sorprendió por su grandeza y majestad. La puerta estaba adornada de dos figuras gigantescas, representando los ángeles de las tinieblas, cuyas formas horrosas habia el escultor delineado con una espantosa perfeccion. La techumbre de aquella vasta sala estaba sostenida

por enormes y macizas columnas de mármol rojo, cuyas basas y capiteles representaban toda clase de figuras horribles y caprichosas. En el centro, y bajo la cúpula de la bóveda, estaba colocado un altar de hierro, soportado por otros cuatro demonios horrorosamente contorneados; pero lo que mas admiró á la jóven duquesa d' Auvilliar, fue la vista de un horrible ídolo, mitad dorado y mitad cubierto de un vestido de plata: estaba sentado en un trono de incalculable riqueza, y tenia en sus numerosas manos, cabezas sangrientas, una espada, una horca, y una cruz en forma inversa [...].

Entonces comenzaron las infames ceremonias á que aquel lugar detestable estaba destinado. Los licores preparados fueron derramados sobre el fuego, levantando una llama rojiza y prolongada, que llegó hasta la cúpula de la boveda, y no se apagó en todo el tiempo que Elfegia permaneció en el salon. Hiciéronse oír en seguida unos himnos canta dos en lengua desconocida; al mismo tiempo el pontifice se aproximó al idolo, se inclinó primero respetuosamente, despues tomándole en sus brazos, le presentó á tos caballeros. A su vista todos doblaron la rodilla, y le adoraron gritando *Alla*.

Terminada esta ceremonia, el pontífice volvió al lado del altar; hizo seña á la especie de demonio vestido de negro y amarillo, que tenia al tierno niño, para que se le trajese. Le toma, figura ofrecerle al idolo, y murmura en voz baja algunas palabras que Elfegia no entiende. Pero cuál era su emocion al aspecto de aquellos siniestros preparativos! Ella ve á la mayor parte de los templarios colocarse en circulo alrededor del altar. El miserable pontifice entrega al inmediato el niño consagrado; este le arroja á su compañero, y cada uno á su vez recibe y despide aquella deplorable victima (IV, 28-29).

Como deslinda Partner (1987), el ritual descrito tendría como fuente un relato de Michel Psellos sobre la doctrina bogomilita (Cabrera 1998), que los componedores de las *Grandes Crónicas de Francia* habrían pasado a aumentar la acusaciones sobre la Orden y que pasó incluso a la *Chronique de Savoye* de Paradin (1561 IV, 192-195), si bien sería la breve y casual mención hecha por Cornelius Agrippa (1994, 60) y el éxito de su obra durante el Renacimiento lo que haría perdurar una vinculación que, curiosamente, también desmentiría Umberto Eco en *Il nome della rosa* (1980) y que dará a lugar a una interesante narrativa de corte sobrenatural.

Por su parte, Walter Scott mostró que los templarios eran la cara más siniestra de la Edad Media. Quizá Brian de Jay sirvió como modelo para Bois-Guilbert, mientras que la leyenda de Maryculter pudo ser la inspiración de *The Talisman* (Lord 2004, 193), condicionando la visión del escritor escocés sobre la Orden, ya negativa por su protestantismo y porque "Scott was waiting at a time when was a renewed interest in the occult, and a plethora of secret societies. He wanted to show the danger of these through the medium of the Templar knights" (Lord 2004, 188 y 274).<sup>9</sup> No es de

---

<sup>9</sup> Por la vida de aventurero y amante despechado (por Adelaida de Monteurare) que ingresa frustrado en la Orden y su carácter (como reconoce el maestre) bien podría tener algo de Ridefort, a la par que quizá hacía referencia a los templarios que entraban sin un buen motivo y entronca de nuevo en aquellos que son el fin de un linaje.

extrañar, por tanto, la muerte que les acostumbra a destinar: Bois-Guilbert, "víctima de la violencia de sus encontradas pasiones" (442), teniendo que ser perdonado por una judía; Giles-Amaury, decapitado por Saladino, un infiel que vale más que él; Alberto Malvoisin y su hermano, en el cadalso, como bandidos.

Scott en realidad conocía algunas de las acusaciones mencionadas más arriba y la Regla del Temple, a la que remite en varias ocasiones, de ahí que en *Ivanhoe*, Brian de Bois, desde su primera aparición, sea un mal templario: apuesta su collar de oro con el prior por la belleza de Rowena (y volverá a hacerlo durante el sitio), viste de modo impropio, su defensa del francés parece más de la milicia mundana de la que se queja San Bernardo y pretende secuestrar a Isaac de York. Cuando menciona las treguas con el infiel, Wamba ironiza sobre ellas, igual que se criticará más adelante que la Orden tome partido por el usurpador Juan sin Tierra (el rey acaba lamentando su falta de lealtad a la par que admirando su disciplina). De Bois-Guilbert es tan soberbio con Gurt y Wamba que el prior Aymer tiene que poner paz, mientras que es tachado de "licencioso y salvaje" (415) por Isaac de York, y los templarios, de "amantes del brillo de la plata tanto o más que el de los ojos negros", por Locksley (41).

El orgullo y la soberbia siguen identificando el Temple, de aquí que Bois-Guilbert sea otro de los personajes que aspira a ser maestre, algo que se contrapone a su divisa y valores primeros. La única virtud que se les concede es la de las armas: tres caballeros desmontó De Bois-Guilbert sin cambiar de lanza en el torneo, Conrado Mont-Fichet afirma que ha abatido más de trescientos sarracenos y el rey Ricardo reconoce tras su muerte que era un valiente.

Sin embargo, lo que caracteriza a Brian es su pasión por Rowena, ya que "Haciendo caso omiso de esta advertencia y acostumbrado a actuar solamente bajo el primer impulso que sus deseos le dictaban [...] mantuvo sus ojos fijos en la belleza sajona que quizás excitaba aún más su indignación debido a la gran diferencia existente entre ella y las sultanas orientales" (50), hasta el punto de que la ofende y Cedric tiene que mediar. Será él quien, en su doble papel de raptor y ayudante, trace el plan del secuestro para De Bracy, y el propio Waldemar Fitzurse advierte a este que "Puedo llegar a creer que tengáis éxito en arrebatarla de manos de sus partidarios sajones, pero el modo de conseguir librarla de las garras de Bois-Guilbert me parece considerablemente más dudoso. Se trata de un halcón bien adiestrado para apresar rápidamente la perdiz, que no soltara después fácilmente" (192).

Pero no es el único que demuestra la perversión de la Orden. Lucas de Beaumanoir es el representante de la vertiente estricta del Temple y pretende retornar el ascético rigor de una Orden ya en decadencia, según la visión de Scott, a finales del siglo XII. El propio maestro hace una síntesis significativa de ese declive: lujo en el hábito y la vivienda, la práctica de la caza, lectura ociosa, estudio de la cábala y nigromancia, gula en la mesa y el apetito por el vino. Pero, de nuevo, también hace hincapié en las mujeres (443-44). Ante tantos pecados, su visión es la de un apocalíptico (y profético) que, sin embargo, no deja de ser un fanático y un ciego incapaz de ver lo que sucede en Templestown.

Por su parte, Alberto de Malvoisin, preceptor de la casa de Templestown, hermano de Felipe de Malvoisin y aliado de Brian de Bois-Guilbert, ambiciona la preceptoría de Kent, que no deja de ser un templario disoluto, perverso y cobarde, aunque hipócrita. Lo mismo se puede afirmar de Conrado de Mont Fichet, para quien es mejor que perezca todo el pueblo judío que ellos pierdan la espada de Bois-Guilbert y la fama.

Ahondó Scott en la visión negativa de la Orden en *The talisman* (1825) a través de Giles de Amaury, otro maestro ficticio,<sup>10</sup> si bien pasaremos de puntillas por la novela por ser la única que no incluye aventuras amorosas. El diálogo mantenido entre Thomas de Multon y el impetuoso Corazón de León ya nos sitúan ante los consabidos polos: frente a la virtud de las armas, su carácter soberbio, torticero y pecaminoso:

—Está también el Gran Maestro de los Templarios —continuó el barón [Thomas de Multon] [...]—. Es hábil, intrépido, valiente en el combate y prudente en el consejo. Además carece de reinos propios que puedan distraerle de sus esfuerzos de reconquistar Tierra Santa. ¿Qué opina Vuestra Majestad del Gran Maestro como comandante en jefe del ejército cristiano?

---

<sup>10</sup> “Otra calumnia que perjudicó a los templarios fue la denuncia que Guillermo [de Tiro] lanzó contra su Gran maestro, Eudes de Saint-Amand, al que tachó de «hombre orgulloso y arrogante, con el espíritu de la ira en las ventanas de la nariz, sin mostrar temor a Dios ni respeto al hombre». Esta crítica parece leve y sin importancia comparada con muchos de los comentarios que sobre los hombres de la Iglesia se hacían en Europa y, de no haber sido por las extrañas circunstancias que rodearon el fin de los templarios, habría sido descartada hace tiempo como un simple chismorreó. Pero el destino decretó otra cosa y el juicio de Guillermo perduró funestamente a lo largo de los siglos, quizá para reflejarse a gran distancia en las novelas de sir Walter Scott. En *El talismán*, Scott hace que Ricardo Corazón de León califique al Gran maestro templario de «canalla anfibio y arrogante», epíteto grosero cuya finalidad es poner de relieve la naturaleza mixta militar y clerical, de los templarios. En la novela, Scott da al maestro del Temple el papel de traidor y asesino, e injerta prejuicios protestantes en una tradición más antigua que presentaba a los templarios como hombres indignos de confianza y moralmente corrompidos” (Partnet 1987, 40-41).

—¡Ah! ¿Beau-Séant? —replicó el monarca—. ¡Oh! Nada puede decirse del hermano Giles Armaury; sabe ordenar un combate y pelear delante de todos desde el primer momento. Pero, sir Thomas, ¿estaría bien desposeer de Tierra Santa a Saladino, adornado con todas las virtudes que pueda tener un infiel para entregarla a Giles Armaury, que es más pagano que el mismo Saladino, que es un idólatra, un nigromántico, un seguidor del diablo, que comete los más negros y antinaturales crímenes en subterráneos y ocultos lugares de abominación y tinieblas? (97).

Como se ha comentado más arriba, Scott se hace eco del nuevo templarismo, vinculando a los templarios con la masonería e incluyendo a las clásicas acusaciones la de nigromancia, si bien históricamente solo “Donde el poder de la Inquisición era más fuerte, es decir, en el sur de Francia, encontramos testimonios de culpas notablemente vinculadas a la brujería (aquelarres y orgías colectivas), sin duda más graves que las acusaciones expresas de Felipe el Hermoso en su denuncia, que no contenía referencia alguna al satanismo y se limitaba a mencionar un ignoto ídolo barbudo; se disparó a ciegas sobre los imputados recurriendo a lo más abominable del imaginario colectivo” (Frale 2008, 259).

Aunque aparezca como sospechoso de entenderse con Saladino, Amaury es otro fanático soberbio en el trato con los musulmanes (históricamente los templarios tenían que refrenar el impulso de los nuevos cruzados, que no siempre comprendían el statu quo de Tierra Santa. De hecho, el Hakim-Saladino miente, cuando dice que sus votos les obligan a no reconocer tregua ni paz con los creyentes del Islam). Con Conrado de Montserrat, es contrario al restablecimiento del Reino de Jerusalén y prefiere continuar siendo dueño de una parte de sus restos.<sup>11</sup>

De nuevo, es la arrogancia el gran pecado templario: todo vale para engrandecer la Orden, que lo es todo, incluso a expensas de la propia religión, lo que contrasta con su humilde origen. Amaury no quiere que Ricardo triunfe ni por tratado con Saladino ni por victoria: como las sutilidades de Conrado no funcionan, planea la muerte de Corazón de León, algo que hasta al marqués le parece excesivo, y para ocultar su culpa acaba matando a su compañero de intrigas, siendo su mejor amigo y padrino. Descubierto, su cabeza vuela por los aires a manos de un infiel, pero mucho más noble.

---

<sup>11</sup> Otras faltas imputables son la de jurar (el maestre lo hace con Conrado, al que promete no revelar su secreto) y la de confesar pecados (como hace con Conrado, en esa parodia de confesión que empieza ya por la absolución).

## EL TEMPLE EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA

La influencia de Scott en la narrativa europea es indudable. *Ivanhoe* fue seguramente la novela más leída en Occidente hasta inicios del siglo XX. Su prestigio y popularidad convirtieron la novela histórica en el género de moda en Europa durante décadas, además de influir en la creación dramática, musical y pictórica de la época, y, aunque no siempre de modo favorable, su magisterio fue reconocido tanto por la prensa, como por autores y crítica. Su impronta en lo que al Temple se refiere no fue menor, como muestra, por ejemplo, la parodia *Rebecca and Rowena*, de Willian M. Thackeray, publicada treinta años después: en la traducción de Wamba del falso epitafio que Rowena encarga para Ivanhoe, Brian de Bois-Guilbert sigue siendo "the Templar untrue" (49), y cuando Ivanhoe busca a quién sumar su espada, es respetado, pero no bienvenido, entre "the dark Templars" (75). Sin embargo, su alcance y límites en la literatura española siguen siendo debatidos.

Los novelistas españoles, aun sin dejar de tomar elementos, técnicas, personajes o situaciones de Scott, supieron alejarse, tanto en la forma como en el espíritu, de sus propuestas, dando cuenta, por un lado, de las singularidades de la historia española, específicamente la medieval, mientras que, por otro lado, de cómo el pasado cobraba vigencia en la realidad coetánea. Necesariamente, por tanto, buena parte de la labor crítica sobre la novela romántica debía centrarse en demostrar ese parentesco y, a la vez, la originalidad y la progresiva desvinculación respecto al modelo, especialmente con *Ivanhoe*. A partir de las concomitancias que ya notaron en su época Peers (1926) o Zellers (1931), y más recientemente Mata (1995), se puede concluir, en lo que a los artificios narrativos se refiere, que "[...] aunque los recursos de técnica manejados por Walter Scott tengan un origen más remoto y fueran empleados en España con anterioridad, es muy probable que el hecho de hallarlos en novelas del período romántico español se deba a directa e inmediata influencia del gran novelista inglés" (Zellers 1931, 160).

La actitud frente a la Orden, tanto de los historiadores como la de los novelistas españoles, se muestra favorable, si bien desde una cómoda dualidad o prudencia en la que se reconoce su papel en la Península, pero también el proceso incoado contra ellos y algunos de sus delitos.<sup>12</sup> Si la Orden se pervirtió, en la conciencia de su indudable poder, sus orígenes eran puros y fueron los primeros en verter su sangre

---

<sup>12</sup> Para una visión general de historiografía y literatura, véase Bergquist (1997), también para el parentesco de la obra de Cortada y Salas con *Ivanhoe* (164-165).

los la causa cristiana; si hubo culpables, difícilmente se podría extender el pecado a toda la Orden; si los templarios franceses confesaron, no lo hicieron los españoles. Así, por ejemplo, se manifestará Bastús:

Sin poder evitar que nuestro corazón naturalmente sensible se conduela alguna vez al recordar el terrible y horroroso suplicio en que mas de cinco siglos hace acabaron desgraciadamente sus días algunos caballeros y su último gran Maestre; no por esto diremos que fuesen inocentes ni culpables: decidirnos en un asunto en que tantos sabios están discordes, sería una falta que no nos perdonaríamos nunca. Cada uno en vista de la sencilla é ingenua esposicion de los hechos, formará aquel juicio que le pareciere mas arreglado (s. p.).

La primera novela histórica que encontramos ya muestra plenamente esta dualidad. En *El rapto de doña Almodís* (1836), Eustaquio de Requesens se nos presenta como caballero de valor: el resto todo es válido si conduce a sus fines, que son el beneficio de la Orden y, como el de Bois-Guilbert, alcanzar el maestrazgo. Requesens, pariente lejano del protagonista, Poncio de Cervera, es quien, por ambición, incita a Poncio de Cervera a raptar a doña Almodís. Su mala acción, a pesar del esperanzador final que se vislumbra por el don concedido por Berenguer IV, lleva al desastre y a la muerte de la pareja, pero el arrepentimiento y el cambio del templario no dejan dudas de la visión favorable de Cortada hacia la Orden: "Eustaquio de Requesens lloró sobre el cadáver de su amigo, y la desgracia acaecida refrenó en adelante los ímpetus de su pecho. Algún tiempo la orden del Temple pudo presentarle cual un modelo de virtudes, así como hasta entonces le ofrecía á los ojos de sus hermanos como un dechado de valor y de osadía. Tantas prendas juntas hicieron de él un verdadero templario" (79).

Aunque extinta la Orden –son los tiempos de Pedro el Ceremonioso–y con una temática inusual en la producción narrativa de la época, Cortada volvería al Temple en su *Lorenzo* (1837) a través del astrólogo Macabeo, que de algún modo puede adscribirse, como lo hace Bergquist (1997), en la nómina de ayudantes de la pareja enamorada, en tanto que su "vaticinio" propiciará los amores de Lorenzo Cigalla. Se destaca, además, la caridad ejercida por la Orden y la estima que se habían granjeado, tanta que los hospitalarios tienen problemas para revitalizar el hospital cercano a Bujaraloz "porque la estinacion de los templarios alejaba de sus castillos á los transeúntes, ora fuese por horror á los crímenes que se les supusieron, ora por un afecto de compasión hácia la desdichada suerte que les cupo" (219-220). Las palabras de Macabeo al rey son relevantes porque achaca a los sanjuanistas el pecado históricamente atribuido a los templarios:

—¿Has visto á los caballeros de San Juan?

—A todos, y V. M. no puede contar con ninguno. Está la órden demasiado enriquecida con los despojos de los templarios, y estos caballeros fueron los único que ofrecieron al mundo el raro espectáculo de hombres poderosos que esponian todo su poder, su influjo, y sus riquezas en un dia de batalla: los templarios no tendrán imitadores (251).

Finalizará Cortada con la Orden en *El templario y la villana* (1841), en la que, a pesar de la ambigüedad del prólogo, la narración nos da cuenta de la inocencia de los templarios. En ella asistimos a los amores de Teresa y Ricardo Puigvert de Galceran, quien fue enviado con solo quince años junto a su tío, fanático de la Orden, bajo cuya protección entró en la misma sin calcular las consecuencias. Puigvert ya partió enamorado (más tarde le daría promesa de matrimonio) de Teresa, la hija del antiguo mayordomo de la casa familiar, que cuida a su viudo padre. Ricardo no teme la diferencia de clases, pero sabe que haría sufrir a su padre, y de ahí también el tormento. Venido de Francia junto a Anglesola, no quiere abandonar a sus hermanos y se suma a las órdenes de Berenguer de Bellvís, que sabe bien que son la política y la ambición, junto con la infamia y la cobardía, las culpables, de la caída del Temple, temido por su pujanza económica y su poder.

El joven y amantísimo Puigvert puede quebrantar la Regla templaria teniendo contacto con Teresa, pero, y esto importante, nunca sus votos. Como ya habíamos visto, la actitud del protagonista queda justificada desde la ignorancia y la juventud con la que profesó como templario. Los estatutos templarios establecían que no debía aceptarse a los niños, pero sin mayores concreciones. El ideal bernardino, y el caso de los primeros templarios, sería el del hombre maduro, viudo, que deja sus posesiones al primogénito para pasar el resto de su vida en servicio a Dios, mientras que el problema con los jóvenes residía tanto en lo económico como en posibles arrepentimientos y fugas (Frale 2008, 85-86). También coincidía con los preceptos de la caballería, “según los cuales no se debía armar caballeros a muchachos demasiado jóvenes e incapaces por su edad de llevar la armadura y sus accesorios, de manejar eficazmente la lanza y, sobre todo, la pesada espada: no se golpeaba con la punta sino con el filo y, por tanto, había que tener la fuerza suficiente para blandirla a brazo partido. Dicho de otra manera: uno tenía que tener veinte años aproximadamente o, en todo caso, tener una poderosa musculatura” (Bordonove 1993, 36-37), si bien la documentación histórica nos demuestra que el límite era lábil y que se aceptaba a niños de 12 o 13 años, incluso menores (Forey 1992, 136-137).

El amor de Puigvert es fatal, pero se mantiene puro, como “esa Orden inocente y perseguida”, en palabras de Copons, con autoridad moral para convertirse en protector de los templarios frente al rey Jaime II y refrenar los planes de huida de los amantes (de ahí su parecido con el abad de Carracedo). Solo en Dios y en la muerte puede haber respuesta para un sentimiento que no puede pugnar contra las convenciones sociales, contra los intereses de los monarcas y contra los votos jurados. Anglesola le ofrece a Puigvert ser cómplice del amor y huir de la Orden, pero Ricardo se niega, igual que lo hará cuando Gonzalo le ofrezca, por medio del obispo de Valencia, la nulidad de los votos por parte del Papa.

En la novela de encontraremos el mismo paralelismo entre la persecución al Temple y el calvario de los amantes existente en la obra de Gil y Carrasco. Se evidencia el tinte político y de la persecución de la Orden por el mal monarca francés cuando también por su fortuna y pujanza es castigado Bernardo Puigvert, que es desterrado y sus bienes confiscados; cuando los amantes son acosados por el vil Gregorio de Passemant, que, al contrario de Puigvert, solo quiere gozar de Teresa, porque sí le importa su diferente condición; cuando el rey Jaime II actúa, sobre todo, movido por las presiones.

Por su parte, Guillermo Anglesola, ayudante de la pareja, es un rudo templario que se entrega a la Orden como a cualquier otra tarea o batalla, autor tanto valerosas acciones como de desmanes, pero no indiferente al honor: “[...] En nombre del valor y de la inocencia nos conjura [Berenguer de Bellvís] para que volemós á su castillo, y si los Templarios de Francia, olvidando el primero han manchado la segunda, no teme Bellvís que ningun Templario de estos reinos se prostituya imitando tan cobarde é infame ejemplo [...]” (I, 46).

La gran novela española del Romanticismo, *El señor de Bembibre* (1844), de Enrique Gil es quizá la que más dependencia formal pueda mostrar frente a la obra scottiana, si bien “W. Scott no es un verdadero modelo para E. Gil que le toma varios elementos (el sitio de Torquilstone de Ivanhoe para el de Cornatel, el maestro de los Templarios de *The Talisman* para Saldaña), pero no su arte de novelas que es genuinamente suya” (Picoche 1986, 42), mientras que el interés por la Orden tiene otra orientación y su historia se recrea “por su valor metafórico, por su rentabilidad a la hora de conectar el pasado de la historia narrada con el presente extraliterario –y en el caso concreto de *El señor de Bembibre*– por su relación con el ayer personal e íntimo del escritor, que reivindica en los templarios de El Bierzo la gloria de unos

ideales pasados que perviven sublimados en la belleza natural de un entorno que Gil y Carrasco conoce muy bien” (Ribao Pereira 2014, 152).

La obra nos presenta los amores de Beatriz Ossorio, hija única y heredera de la casa de Arganza, y Álvaro Yáñez, señor de Bembibre y también última esperanza de su linaje. De nuevo, se repite el paralelismo entre la vivencia amorosa y la persecución de la Orden, donde el final de los *conmilitones Christi* corre parejo al final de dos estirpes: el amor de los protagonistas se opone a intereses materiales y políticos (don Alonso de Arganza considera que casarla con el conde de Lemus es más provechoso) y, mientras que Beatriz ingresa en el convento de Villabuena, Álvaro ingresa en el Temple, de nuevo refugio, donde cuenta con la ayuda y protección de su tío y del comendado Saldaña.

Desde el principio, el amor de Álvaro y de Beatriz, como la Orden, está condenado, y resulta difícil no pensar que el orgullo de los amantes, la violencia que sufren por ambiciones externas, la nobleza que caracteriza sus ideales y la disposición con la que están dispuestos a enfrentarse al martirio no sean rasgos del Temple llevados a la trama amorosa. De hecho, los ocasos que Sebold (2002, 199) recuenta como símbolo de ese amor desdichado (no solo son trasladables a las postrimerías de la Orden, sino que también podemos otear al cielo para ver que la tormenta es el fenómeno asociado a los pobres caballeros de Cristo.<sup>13</sup>

Enrique Gil conoce las acusaciones posteriores vertidas contra la Orden y deja las de brujería como hablilla del vulgo (Mendo, especialmente) o invención de los malvados interesados, reflejo de la propaganda negativa alentada por Lemus (Ribao Pereira 2004, 156-157), seguramente como respuesta a los crímenes que Scott atribuía a la Orden en *The Talisman*. Enrique Gil llega a tratar prudentemente de la filiación entre el Temple en la masonería, siguiendo a Michelet al racionalizar el presunto rito de herético de acceso a la orden y explicarlo como vía de purificación y rehabilitación, pero se equivoca cuando afirma que “Las profesiones en todas las demás órdenes religiosas se hacían a la luz del sol y públicamente, pero los templarios, sin duda para dar más solemnidad a la suya, la hacían de noche y a puertas cerradas” (249), puesto que no era una práctica inusual.

De la nobleza de los amores de Álvaro no podemos tener duda alguna –incluso cuando se decide a raptar a Beatriz acaba escuchando la voz del abad de Carracedo–,

---

<sup>13</sup> La imagen de la tormenta para el futuro que se cierne sobre la Orden se reitera en los capítulos X, XII, XVII y XXXII.

igual que de su comportamiento dentro de la Orden, aunque ello suponga refrenar sus ansias de venganza. Por su parte, el maestro Yáñez, que tiene trazas de la presunta pasividad de Molay ante la caída de la Orden, todo bondad y austeridad, es quien esgrime las críticas internas a la Orden (Pioche 1986, 25), achacando la caída del Temple al orgullo, el poder y la riqueza, pero sin pasar por alto la codicia de sus perseguidores.<sup>14</sup> El único templario cuestionable es Gutierre de Saldaña, alcaide de Cornatel, orgulloso, altivo y byroniano, que concibe, tras las huellas de los caballeros teutónicos, un Temple soberano.<sup>15</sup> Su amor por don Álvaro acaba revelándose, no obstante, sincero: hasta tres veces rechaza la palabra del joven, aunque bien quiere su espada en la defensa del Temple.

No hay mejor muestra de la estima por la Orden y por la pareja que la transformación que sufren el resto de personajes: Lara ofrece su ayuda a Álvaro, arrepentido de haber colaborado con don Juan; Cosme Andrade sabe que son leales en la batalla y testifica en su favor; el señor de Arganza, que ya había tenido rencillas con la milicia antes de la llegada de Rodrigo Yáñez al maestrazgo, reconoce el error al que su ambición lo ha llevado; el inquisidor Aymerico abandona el celo puesto en su persecución y le es favorable a la pareja ante el Papado, y hasta el abad de Carracedo, que promovió la obediencia a designios del Papa frente a una Orden que abandonó la senda de la humildad, acude a Salamanca para "dar personal testimonio de la virtud del maestro y de algunos caballeros, y especialmente para cumplir a doña Beatriz la palabra que le había empeñado de volverle la felicidad que en su juventud se había imaginado" (328).

De igual manera que el conflicto en Cortada se basaba en la juventud de Ricardo, la solución en Enrique Gil es que cuando Álvaro entró en el Temple, aconsejado más de su padecimiento que de su prudencia, la orden ya no podía recibir nuevos miembros. Sin embargo, el dolor de los protagonistas se convierte en agonía (imposible no trazar analogías, de nuevo, con el proceso templario), puesto que el voto de castidad es el último del que se lo exime.

---

<sup>14</sup> Al respecto, afirma Nicholson (2006: 335): "Desde la Edad Media hasta la actualidad, los historiadores han desarrollado un «modelo» de la ascensión y caída de los templarios: los ideales puros de los primeros caballeros se contaminaron cuando la orden se enriqueció y se metió en política; la orden se volvió corrupta, avariciosa y cada vez más impopular, y mientras tanto Occidente perdía interés por las cruzadas; de este modo, cuando Felipe IV de Francia arremetió contra la orden para quedarse con su dinero, nadie la defendió y el Temple se vino abajo. Este «modelo» ha tenido mucha aceptación a pesar del hecho indiscutible de que es falso, pues ofrece una explicación cómoda y sencilla de la caída de la orden, por lo demás injusta e inexplicable".

<sup>15</sup> El ejemplo teutónico que esgrime Enrique Gil en dos ocasiones (caps. IV y X).

Finalmente, la última novela histórica que conocemos publicada en el siglo XIX, de Juan de Dios de Mora (1856-57), se sitúa entre la visión europea y la española. El calabrés Matías Rafael Castiglioni, procurador de la baylía de Alconétar y depositario de los tesoros de la Orden, es un templario scottiano, "el genio malo de la orden, el espíritu de ingeniosa y lenta tortura, el demonio de las venganzas misteriosas" (I, 3), de ahí que precisamente se lo asocie al bafomet. Como Bois-Guilbert o Anglesona, Castiglioni representa la desmedida ambición de la Orden: todo es lícito para alcanzar el maestrazgo de Castilla y para enriquecer al Temple, y para ello no duda en despojar a quienes confían en él y en asesinar, incluso, a los maestros castellanos. Sin embargo, tras la muerte de Sancho Ibáñez, a quien espera suceder, al no ver colmados sus deseos, se convertirá en traidor para los suyos. Su largo currículum de desmanes corre parejo a su absoluta vida licenciosa. Aprovecha su cercanía con Gonzalo Pérez Sarmiento para deshonar a su esposa, Beatriz Vargas, con quien tendrá una hija, Elvira, a quien, a su vez, seducirá y con quien engendrará una incestuosa hija, Matilda.

Sin embargo, la Orden no queda manchada, destacándose tanto su valor como sus obras pías: don Martín Núñez es quien protege a Jimeno, siendo por ello blanco de rumores; el comendador Hermande de Sotomayor es el valeroso protector de Jaffa, y Jacques de Molay parece el templario ejemplar que sufre las torturas del inicuo tribunal sin querer separarse de los suyos.

El Temple se mantiene fiel al rey Sancho, mientras que el infante don Juan, igual de perverso (requiere de amores a la esposa de Pérez de Guzmán y está de acuerdo con la muerte del maestro Gómez García), y Nuño de Lara se alían con Castiglioni. Siendo así, no nos puede extrañar que hasta Beatriz de Vargas, que ha sufrido la persecución de Castiglioni, defienda a la Orden en el juicio y que le recuerde a su hijo que en toda gran corporación puede haber hombres malvados.<sup>16</sup>

Tratando la obra del carácter y la formación de tres amigos, el Temple se convertirá en etapa de su crecimiento. Álvaro del Olmo, que llegará a ser iniciado en grado Oriente (aunque con reticencias):

esperimentaba la necesidad de expiar por buenas obras la acción criminal que había cometido, y que causaba en él ese pesar que se llama arrepentimiento. Para satisfacer de una vez su noble necesidad de amor y de acción, había elegido la Orden del Temple, que no era pasiva como otras órdenes religiosas. Los Templarios eran un hermoso y poético maridaje entre la

---

<sup>16</sup> Véase también I, 145 y 626-627.

idea religiosa y el valor guerrero que protegía á aquella misma idea contra los ataques de los infieles. Era la fuerza bien dirigida que produce el heroísmo; era el amor hácia el Eterno, que produce la devoción, el mas platónico, el mas desinteresado, el mas santo de los amores (II, 782).

Tras el enfrentamiento con el de Lara, seguirá sus votos en un monasterio de Thebaida, hasta reencontrarse con Elvira. Por su parte, el señor de Alconétar, Un personaje nihilista que representa a los templarios sin vocación y acabará siendo Soldán de Egipto y anhelando su propia muerte. El más puro de los tres, Jimeno, sin entrar en la Orden, se ofrecerá al comendador Diego de Guzmán al enterarse de la detención de los templarios en Francia y, creyendo real la muerte de Amalia de Molay, sobrina del maestro, acabará sufriendo el martirio y la muerte en la hoguera, nefasta recompensa para los justos, delante de su amada.

Como en Lamothe, el fin de los templarios procede de los personajes lascivos y torticeros: Sequin de Flexian,<sup>17</sup> prior o maestro provincial de los Templarios de Tolosa, escapa de la prisión donde lo confinó a perpetuidad el maestro Molay e informa a Castiglioni de que no le van a dar el maestrazgo, ganándolo para la causa de Nogaret y Felipe IV, que pretenden también animar las pretensiones del infante don Juan a la corona mediante el asesinato del rey, algo excesivo incluso para Nuño Gómez de Lara, que acabará defendiendo a los templarios juanto a Pérez de Guzmán.

De nuevo, y aunque la novela de Mora es la que introduce y divulga plenamente en nuestro país las teorías masónicas y neotemplaristas (los templarios aspiran a la monarquía universal, son gnósticos, perviven a través de Larmenius), en la pantomina de juicio a la Orden durante el concilio de Salamanca resurgen los delitos y escándalos sexuales:

—¿Y en qué os fundais para acusar de adúlteros ó incestuosos á los caballeros del Temple?

—Aun cuando me sonroje al decirlo, no puedo menos de manifestar la verdad en todas sus partes, segun el deber que me impone el solemne juramento que he prestado. Es indudable que en todas las Iglesias de los Templarios existe en el centro del altar una pequeña puerta que comunica á un aposento practicado detrás del mismo retablo. Dícese que estos aposentos sirven para ciertas ceremonias y abluciones cuando toman el grado de caballero del Oriente. Pero yo he presenciado otras escenas á la verdad muy distintas. He visto en estos aposentos, situados detrás del altar mayor, celebrar vergonzosas

---

<sup>17</sup> Debió de haber leído la Historia universal de Cesare Cantù, publicada en Madrid por Mellado en 1848, dado que es una variante poco frecuente para el nombre de uno de los delatores de la Orden.

bacanales entre los caballeros de Oriente y mujeres hermosísimas que habitaban allí como en el lugar más oculto...

[...]

—Testigo, ¿teneis más que decir á la Justicia? preguntó Felipe de Marigny.

—Nada más tengo que añadir, sino que á los hijos varones, fruto de estas sacrilegas orgias, los daban á criar fuera con gran sigilo y recato, pues para este ministerio tenían diputados algunos hermanos que, apareciendo como seglares, buscaban nodrizas para los niños; pero si eran niñas, las criaban sus madres, y cuando tenían doce años cumplidos, las presentaban en estos infames banquetes.

—El incesto queda plenamente probado, pues en muchos casos la hija brindarla en el infame festín á su mismo padre, observó Nogaret.

—En cuanto á ese cargo, no digo nada, repuso el abogado defensor; pero en cuanto á la acusación de adulterio, nada ha dicho el testigo, que pueda confirmarla.

—¿Teneis algo que responder contra esta observación? preguntó el Presidente al florentin Noffi Dei.

—Celosísimo como soy, de que la verdad brille en todo su esplendor, debo decir al Tribunal que tiene la dignación de interrogarme, que el cargo de adulterio es sin duda alguna extensivo á muchos individuos de la Orden; pero en ninguna manera puede generalizarse semejante acusación. En Florencia he conocido dos ilustres damas que engañaban a sus maridos, sosteniendo relaciones amorosas con un Comendador y un caballero de la Orden del Temple (II, 1032-1033).

## **SOBRE EL PECADO DE LA SODOMÍA**

Durante el proceso que condujo a la disolución de la Orden, en 1312, los templarios fueron acusados de, durante la recepción de nuevos hermanos, proferir besos deshonestos en partes pudendas y de animarlos y obligarlos a mantener relaciones entre ellos. Se trata de un pecado visto como horrible en los estatutos, comparable a la herejía o al asesinato de un cristiano y castigado con las penas más graves.<sup>18</sup> La acusación de homosexualidad era perfecta para lanzarla contra una Orden masculina que hacía voto de castidad, donde difícilmente no se hallaría algún caso, y que servía además para establecer vínculos en el imaginario popular con el castigo de Dios contra Sodoma: como la ciudad bíblica, el Reino Latino se había perdido por los pecados del Temple, y lo mismo podría pasar en Francia (Barber 1999, 274-275). Sin embargo, "La catalogación de los testimonios prestados en el proceso ponen de manifiesto que, de aproximadamente mil declaraciones, sólo seis dijeron

---

<sup>18</sup> Véanse los epígrafes 417, 572, 573.

haber tenido relaciones homosexuales, y por lo demás las describieron como relaciones de larga duración, que casi siempre poseían una dimensión afectiva. Por tanto, en el Temple estos vínculos solo se daban entre algunos individuos; además, la normativa castigaba todo eso con el calabozo” (Frale 2008, 220). Recuérdense, al respecto, las hipótesis de Frale (2014) mencionadas al principio de este trabajo, e incluso la posibilidad de que los besos destinados a ciertas partes pudendas formaran, como otras de las imputaciones, una especie de novatada para los novicios.<sup>19</sup> Nicholson (2006, 200-201), de todos los testimonios del juicio, solo se plantea la veracidad de tres, mientras que Gilmour-Bryson (1996, 183), tras estudiar las confesiones, las reacciones de testigos y de inquisidores concluye:

I remain convinced that some homosexual acts were practiced in the Templar order, as they were in all other institutes of religion, that the frequency of such behavior was not particularly high, and that most Templars did not regard the practice of homosexual acts with any great horror or loathing, although a few did. The accusation leveled against the order of widespread homosexual behavior does not rest on any firm foundation. My belief has been reinforced, through this study of thousands of pages of trial testimony, that considerable personal and social information is hidden between routine, totally incredible answers, forced by threats or by torture.

Resulta por tanto llamativo que en la narrativa decimonónica, donde la culpabilidad o no de la Orden queda vinculada al voto de castidad y donde, contra todo rigor histórico, se multiplican los pecados relacionados con la lujuria de los templarios, haya una decidida voluntad por silenciar el cargo histórico de la sodomía, término que no se menciona. Apenas Bellvís indica que “Se nos acusa de apóstatas, de aliados de los sarracenos, y de reos de tan abominables é inauditas obscenidades, que valiera más haber perdido para siempre la memoria, que conservarla á costa de recordar tales ultrajes” (69), a lo que añadirá “¿Y se nos acusa de impíos, de apóstatas, de idólatras? No quiero ofender vuestros oídos con la enumeración de los otros crímenes nefandos que nos atribuyen. Solo el pronunciarlos es una abominación que nos sabría perdonarse ningún caballero templario” (71). De hecho, Cortada solo en la nota 15, al sintetizar las acusaciones, especifica “Que los caballeros usaban torpe y nefandamente de los novicios, cometiendo entre sí mil sucias abominaciones” (227). La elisión nos recuerda la sintética exposición de los propios textos medievales

---

<sup>19</sup> “A la negación de Cristo –escupiendo sobre la cruz– se agregaron luego elementos extraños que hoy podríamos considerar afines a las “novatadas”, o sea, bromas muy pesadas y humillantes que los veteranos hacían a los recién llegados, entre ellos tres besos (en la boca, el ombligo y las nalgas) y la recomendación de no negarse a los cófrades en busca de relación homosexual; la invitación a la sodomía era una simple humillación de palabra, que no se prolongaba en los hechos concretos [...]” (Frale 201, 60-61).

–“Algunos de ellos confesaron también ciertas otras cosas horribles y deshonestas, que por ahora callaremos”, es la expresión empleada en la bula *Vox in excelso* (Nadal y Cañellas 2010, 41)– y tiene que ser voluntaria, en la obra de Enrique Gil: “Respecto a otro aspecto escandaloso de las profesiones, los besos ‘indecentes’ dados y recibidos por los participantes, Gil prefiere no dar explicaciones: el único ósculo que don Álvaro intercambia con sus nuevos hermanos es el de la paz” (Bergquist 1997, 173). Este silencio es particularmente llamativo por tres razones. En primer lugar, porque los historiadores anteriores y contemporáneos sí hacen referencia al pecado nefando.<sup>20</sup> En segundo lugar, porque no son poco terribles otros pecados, delitos y crímenes que se les imputan, como el incesto o el asesinato ritual, a los que difícilmente los escritores podían conceder credibilidad alguna. Y, en tercer lugar, porque sí aparece algún pasaje donde se describen actos homosexuales, pero nunca en referencia a la Orden, como los buenos cenobitas con los que se encuentra el trovador Arnaud, que sorprendidos en ocupaciones poco acomodadas á solitarios que afectaban una austera regularidad, arrojaron agudos gritos, y seguidos de los compañeros de sus orgías, huyeron precipitadamente (Lamothe-Langan I, 124).

Siendo así, tanto como para los autores como para un lector documentado, la lascivia y el quebranto del voto de castidad deberían remitir también metonímicamente al pecado nefando.<sup>21</sup>

## CONCLUSIONES

---

<sup>20</sup> Zurita (1669, 428); Campomanes (1747, 79-81); Feijoo (carta XXVIII), que lo llama “torpeza nefanda”; López (1813, 87); Bastús (1834, 80 y 104); o Mariana (1789, 284), que va más allá y narra que “desenfrenados en la torpeza del pecado nefando hacían y padecían indiferentemente: besábanse los unos á los otros las partes mas sucias y pudendas de sus cuerpos: seguían sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad como cosa concedida por derecho y conforme á razón”. Para las fuentes, por ejemplo, de Enrique Gil, véase Picoche (1986) 21-24, o Rubio Cremades (1986, 51-55). Llama la atención que el primero afirme (32) “Sin embargo, a pesar de su severidad, E. Gil no cree que los templarios castellanos sean culpables de herejía, idolatría, sodomía. El orgullo es la causa esencial de su decadencia”, sin reparar en que Enrique Gil no menciona la sodomía.

<sup>21</sup> A tenor de lo expuesto, resulta lícito remitirse a otra obras como la comedia áurea *Los templarios* (1635), de Juan Pérez de Montalbán, en la que los templarios Germano y Albante tienen amores con Flora y Casandra, respectivamente, quienes, para seguirlos, adoptan el traje templario. Aunque valerosos, puesto que no en vano son los libertadores de Rodas, son descubiertos juntos, y de ahí el agravante de su pecado, justo cuando el infiel ha hollado Jerusalén. Como ocurría con Lamothe y Mora, estos pecadores serán la ruina de la Orden, al confesar otras traiciones. Quizá, por todo lo comentado, el tópico de la mujer en ropas de varón, en el contexto templario, pudiera incluso exceder la convención teatral, con un claro guiño a las acusaciones de sodomía.

A lo largo de las presentes hemos intentado demostrar que el amor y el deseo son una constante en la narrativa templaria decimonónica y que las múltiples relaciones de los personajes hacia los sus sentimientos y sus votos acaban determinando la visión –culpables o inocentes– que se divulga de la Orden: mientras que la novela europea que se tradujo en España no se conformó con compilar buena parte de las acusaciones históricas o posteriores, sino que añadió otras y multiplicó específicamente las relacionadas con el voto de castidad, que, ante el silencio otorgado a la sodomía, vendría a abordar toda la esfera sexual, la novela histórica española se mostrará benevolente hacia la Orden, tan condenada como unos protagonistas que optan por no manchar de oprobio sus capas. Por eso incide Cortada y Salas en que el poster beso de Puigvert a Teresa es en las mejillas, y por eso incluso Mora incide en que Amalia, sobrina de Jacques de Molay, no recibe más muestra de cariño que un saludo de su tío, recordándole al lector lo estipulado por la Regla de la Orden.

A su vez, la relación de los protagonistas frente a sus votos nos ofrece, ya desde los primeros títulos, unas plasmaciones narrativas que, concretadas en personajes y acciones, se van a convertir en típicas y que, en buena medida, suponen una actualización de la literatura épica y romancesca medieval, en la que los templarios fueron los primeros y los que más frecuentemente aparecieron asistiendo a los amantes, además de ser la Orden el refugio de los mismos (Nicholson 2001, 49-64):

–Templarios que ingresan en la Orden sin vocación, ya sea por un amor desdeñado (De Bois-Guilbert) o imposible (Yáñez), o ignorando, por su juventud, los sacrificios que suponía (Puigvert, Montaut).

–Templarios que rompen sus votos o lo intentan y justifican la perversión de la Orden, típicos de la narrativa europea (De Bois-Guilbert, Isarn de Mesalvo, Antonio d' Aigremont) y que pueden ser traidores a sus hermanos propiciando la caída de la Orden (Montfaucon, Sequin de Flexian). Son escasos en la española (Castiglioni), donde los templarios aun amando, no traicionan los votos profesados (Álvaro Yáñez, Puigvert). El amor, condenado como la Orden, solo lleva al final trágico (Yáñez) o místico (Puigvert, Olderic de Montaut).

–Templarios que encarnan el papel de ayudantes de los protagonistas, específicamente colaborando en la consecución de sus planes a través del rapto u ocultación de la doncella, vil e interesado (De Bois-Guilbert, Marchesi, Malvoisin), pero que puede recibir enmienda o perdón (Requesens, Anglesola, Saldaña).

El presente análisis y sus conclusiones resultan especialmente relevantes porque, lejos de agotarse en la narrativa decimonónica, la manera en la que los protagonistas acatan o deciden incumplir sus votos va a tener continuidad en la narrativa de los siglos XX y XXI, donde no faltan desde visiones vueltas a lo divino, en las que la pugna de la pareja adquiere un significado trascendental, hasta remedos de la obra scottiana, en los que precisamente son los parientes de los templarios quienes sufren la violencia del rapto,<sup>22</sup> e incluso nuevas fórmulas, como una narrativa rosa o abiertamente homoerótica, que ilustran los derroteros por los que el imaginario templario transita en la cultura popular.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Agrippa, C. (1994). *Filosofía oculta*. Buenos Aires: Kier.
- Barber, M. (1999). *El juicio de los templarios*. Madrid: Editorial Complutense.
- Bastús, J. (1834). *Historia de los templarios*. Barcelona: Imprenta de J. Verdaguer.
- Bergquist, I. L. (1997). Imágenes de los templarios del siglo de Oro al Romanticismo. *Medievalismo*, 7, 151-184.
- Bordonove, G. (1993). La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII. *Madrid: Temas de Hoy*.
- Cabrera, E. (1998). Historia de Bizancio. *Barcelona: Ariel*.
- Cardini, F. (2011). Templari e templarismo. *Città di Castello: Il Cerchio*.
- Cerrini, S. (2011). La rivoluzione dei templari. *Milano: Oscar Storia*.
- Cortada, J. (1836). El rapto de doña Almodís. *Barcelona: Juan Francisco Piferrer*.
- Cortada, J. (1837). Lorenzo. *Barcelona: Imprenta de Garriga hijo*.
- Cortada, J. (1840). El templario y la villana, *Barcelona: Imprenta de Brusi, 2 vols*.
- Demurger, A. (2002). Auge y caída de los templarios. *Madrid: Martínez Roca*.
- Forey, A (1992). The Military Orders from the Twelfth to the Early Fourteenth Centuries. *London: MacMillan*.
- Frade, B. (2008). Los templarios. *Madrid: Alianza*.

---

<sup>22</sup> Véanse las novelas de Pérez y Pérez, Rafael. *El templario*. Barcelona: Juventud, 1950; y Méndez Luengo, Ernesto. *El último templario*. León: Ediciones Leonesas, 1983, respectivamente.

- Frale, B. (2011). Los templarios y la Sábana Santa. Madrid: Alianza.*
- Frale, B. (2014). Crimine di stato. La diffamazione dei templari. Firenze-Milano: Giunti.*
- Finke, H. (1907). Papsttum Und Untergang des Templerordens. II. Band: Quellen. Münster: Aschendorffsche Buchhandlung.*
- Gil y Carrasco, E. (1986). El señor de Bembibre, ed. Jean-Louis Picoche. Madrid: Castalia.*
- Gilmour-Bryson, A. (1996). Sodomy and the Knights Templar. Journal of the History of Sexuality, 7(2), 151-183.*
- Huertas Morales, A. (2015). La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela actual de tema medieval (1900-2012). Vigo: Academia del Hispanismo.*
- Lamothe-Langan, É.-L. de (1851). Los misterios de la torre de San Juan o Los caballeros templarios. Sevilla: Imprenta de Gómez.*
- López, S. (1813). Historia y tragedia de los templarios. Madrid: Imprenta de la viuda e hijo de Aznar.*
- Lord, E. (2004). The Knights Templar in Britain. London: Pearson.*
- Mariana, J. de (1789). Historia general de España, vol. V. Valencia: Oficina de Benito Monfort.*
- Mata, C. (1995). Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española. En K. Spang, I. Arellano y C. Mata (eds), La novela histórica. Teoría y comentarios (pp. 145-198). Pamplona: Eunsa.*
- Menache, S. (1982). Contemporary attitudes concerning the Templars' affair: propaganda's fiasco? Journal of Medieval History, 8(2), 135-147.*
- Mora, J. de D. (1856). Los templarios. Vol. I. Madrid: Imprenta de Manuel Álvarez.*
- Mora, J. de D. (1857). Los templarios. Vol. II. Madrid: Imprenta de J. Casas y Díaz.*
- Nadal y Cañellas, J. (2010). La abolición de la Orden del Temple y su gestación. BSAL, 66, 35-50.*
- Nicholson, H. J. (2001). Love, War, and the Grail: Templars, Hospitallers, and Teutonic Knights in Medieval Epic and Romance, 1150-1500. Brill: Brill Academic Publishers.*
- Nicholson, H. J. (2006). Los templarios. Una nueva historia. Crítica: Barcelona.*

- Nicholson, H. J. (2010). *The Changing Face of the Templars: Current Trends in Historiography*. *History Compass*, 8(7), 653-667.
- Paradin, G. (1561). *Chronique de Savoye*. Lyon: Ian de Tournes.
- Partner, P. (1987). *El asesinato de los magos. Los templarios y su mito*. Barcelona: Martínez Roca.
- Peers, E. A. (1926). *Studies in the Influence of Sir Walter Scott in Spain*. *Revue Hispanique*, LXVIII, 1-160.
- Pérez de Montalbán, J. (2006). *Los templarios*. UC Santa Bárbara: eHumanista.
- Ribao Pereira, M. (2014). *La visión literaria de los Caballeros Templarios en El Señor de Bembibre, de E. Gil y Carrasco*. *Revista de Literatura*, LXXVI(151), 151-170.
- Rivière, J. R. (1965). *El enigma histórico de los templarios*. *Arbor*, LXI(239), 45-62.
- Rodríguez Campomanes, P. (1747). *Dissertaciones históricas del orden y cavallería de los templarios*. Madrid: Oficina de Antonio Pérez de Soto.
- Rubio Cremades, E. (ed.) (1986). *El señor de Bembibre, Enrique Gil*. Madrid: Cátedra.
- Scott, W. (1971). *El talismán*. Barcelona: Bruguera.
- Scott, W. (2007). *Ivanhoe*. Barcelona: Edhasa.
- Sebold, Russell P. (2002). *Tuberculosis y misticismo en El señor de Bembibre*. En *La novela romántica en España*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Thackeray, W. M. (1850). *Rebecca and Rowena*. London: Chapman and Hall.
- Upton-Ward, J. M. (2000). *El código templario. Texto íntegro de la regla de la Orden del Temple*. Madrid: Martínez Roca.
- Zellers, G. (1931). *Influencia de Walter Scott en España*. *Revista de Filología Española*, XVIII, 149-162.
- Zurita, J. (1669). *Anales de la Corona de Aragón*. Zaragoza: Diego Dormer, vol. I.